



THE UNIVERSITY *of* EDINBURGH

Edinburgh Research Explorer

Larra y el carlismo

Citation for published version:

Saval, J 2008, 'Larra y el carlismo: El rechazo de un liberal hacia las clases populares campesinas', *Neophilologus*, pp. 429-442. <https://doi.org/10.1007/s11061-007-9073-9>

Digital Object Identifier (DOI):

[10.1007/s11061-007-9073-9](https://doi.org/10.1007/s11061-007-9073-9)

Link:

[Link to publication record in Edinburgh Research Explorer](#)

Document Version:

Publisher's PDF, also known as Version of record

Published In:

Neophilologus

Publisher Rights Statement:

© Saval, J. (2008). Larra y el carlismo: El rechazo de un liberal hacia las clases populares campesinas. *Neophilologus*, 429-442doi: 10.1007/s11061-007-9073-9

General rights

Copyright for the publications made accessible via the Edinburgh Research Explorer is retained by the author(s) and / or other copyright owners and it is a condition of accessing these publications that users recognise and abide by the legal requirements associated with these rights.

Take down policy

The University of Edinburgh has made every reasonable effort to ensure that Edinburgh Research Explorer content complies with UK legislation. If you believe that the public display of this file breaches copyright please contact openaccess@ed.ac.uk providing details, and we will remove access to the work immediately and investigate your claim.



Larra y el carlismo: El rechazo de un liberal hacia las clases populares campesinas

José V. Saval

Published online: 8 September 2007
© Springer Science+Business Media B.V. 2007

Abstract This study analyzes the five articles that Mariano José de Larra wrote at the beginning of the First Carlist War, first of a serie of three Civil Wars in Spain provoked by a dynastic problem during the XIXth Century. The Carlist movement, similar to the American Confederacy in its social constitution and aims, is also defined and analyzed in the light of the most recent studies on the topic. Through the analysis of the five journalistic texts by Larra I intend to analyze his ideological background and his perception of the popular classes and their role in XIX century Spain, and other prominent authors of the time such as José de Espronceda.

La relación de Mariano José de Larra con el Carlismo, de cuya hostilidad no debe caber duda, ha sido tratada de una forma escasa y, en la mayoría de las veces, superficial. Existen algunos trabajos sobre el tema muy clarificadores como el artículo de E. Inman Fox (1960), pero que tratan el tema desde una perspectiva histórica oficial, sin adentrarse en el complejo campo de la ideología carlista. Por otra parte, se ha remarcado a menudo un cierto elitismo y un exacerbado antipopulismo en la obra de Larra, como bien expresan Susan Kirkpatrick (1977), Pierre Ullman (1971), Mauro Armiño o Melchor Almagro de Sanmartín que acusan al escritor de elitismo e incomprensión hacia las clases populares. Algunos, incluso, se refieren al tema acusando a Larra de inmadurez política, como prueba José Luis Varela (1986) argumentando su intento de ingresar en los realistas apostólicos en 1826 (18).

Desde este planteamiento y partiendo de la idea de que el carlismo fue un movimiento de gran arraigo popular, especialmente en el campo y más concretamente en la periferia peninsular, como sostienen Josep Carles Clemente

J. V. Saval (✉)

School of European Languages and Cultures, The University of Edinburgh, David Hume Tower,
George Square, Edinburgh EH8 9JX, Scotland, UK
e-mail: Jose.saval@ed.ac.uk

(1985), Román Oyarzun (1965) y Evarist Olcina (1974), resulta interesante abordar los artículos que escribió Larra a finales de 1833 teniendo en cuenta que su anti-carlismo se fundamentaba en su apego a las tesis liberales, su desprecio hacia las clases populares, su desconocimiento de la España periférica y la posibilidad de estar por primera vez del lado de los que ejercían el poder. Su aproximación al tema se verá marcada por su convicción liberal, a la vez que por una mentalidad elitista debida a su formación ilustrada. Sin embargo no se puede decir que Larra debió abrazar la causa del pretendiente don Carlos, ni mucho menos; eso quizá hubiera cambiado la concepción que actualmente tenemos del escritor madrileño, pero este análisis aporta ciertas claves para adentrarnos en su ideología. En relación a su desconfianza hacia los embrionarios nacionalismos periféricos cabe destacar la tesis de Javier Varela (1999) que considera a Larra en gran medida continuador del mito de Castilla que a través de su obra pasaría posteriormente a los noventayochistas (152–53). Como muy acertadamente señala Andrew Ginger (1999) no se puede considerar a Larra uno de los intelectuales más aperturistas del movimiento romántico español cuya relevancia se debe sobre todo a sus innovaciones estéticas más que ideológicas (109–112).

Primeramente, antes de adentrarnos en el análisis textual, debemos preguntarnos: ¿Qué es el Carlismo? La idea de un Carlismo reaccionario, apostólico, absolutista es en exceso una tesis demasiado fácil y, en la historiografía española moderna, en gran medida rechazada. Evarist Olcina considera al Carlismo una ideología compleja, pues “se entrecruzan y superponen móviles y reivindicaciones forales, sociales y religiosas” (27), que hacen imposible llegar a un criterio único. Por su parte, Román Oyarzun sostiene, de un modo un tanto parcial, que “quienes acusan al carlismo de oscurantista y retrógrado no se han percatado de que...las provincias [que apoyaron la causa fueron las] más progresivas, ilustradas y ricas del país” (18). Desde el punto de vista ideológico, según Josep Carles Clemente, “[e]l bando carlista tampoco era un grupo...homogéneo” (83) y divide a la “facción” en tres grupos sociales distintos:

[I]ntegristas, ... realistas exaltados o absolutistas puros...[R]ealistas moderados, partidarios de tenues reformas en el sistema absolutista...Y, por fin, el sector popular, que se alistó en las filas de Don Carlos tras las promesas de los jerifaltes carlistas de la realización de una reforma agraria que les permitiera el acceso a la tierra y la conservación en el norte de la peculiar democracia vasca: los Fueros (86–7).

Para Olcina la adhesión popular era debida al descontento provocado por las decisiones del gobierno central: “para luchar contra el centralismo sólo existía la bandera carlista” (23).

Sin embargo, tanto Oyarzun desde un punto de vista conservador como Clemente desde el punto de vista socio-económico u Olcina en su planteamiento nacionalista, coinciden en la importante extracción popular del movimiento: “está generalmente aceptado que las masas generalmente desheredadas desde tiempos inmemoriales fueron carlistas, fundamentalmente las campesinas” (Clemente 80). En palabras de Armiño, refiriéndose al apoyo del campesinado:

[E]ra la lucha de la aldea contra la corte; era el viejo sistema de intercambio de productos agrarios frente al liberalismo mercantil que la burguesía trataba de instaurar; era, además, el estado de amenaza que vivían las comunidades rurales, cuyas propiedades iban a ser parceladas en beneficio de las desamortizaciones (131).

De este modo, podemos percibir el Carlismo como un movimiento de arraigo popular basado en unas relaciones económicas exclusivamente agrarias y fundamentado en un sistema jurídico medieval que buscaba sus raíces en las instituciones forales o autonómicas.

Cabe señalar también que el Carlismo no fue un movimiento único a nivel internacional. Además de los miguelistas portugueses, encontramos una clara equivalencia en la Confederación de los Estados del Sur en Norteamérica, movimiento que se produjo aproximadamente entre las mismas fechas si tenemos en cuenta las tres guerras carlistas. En este caso, “[s]outherners formed the Confederacy and went to war against the existing statu quo in the United States, not to accomplish something new, but to defend something old—something very loosely defined as the ‘Southern way of life’” (Thomas 1991 1). Tal como Emory M. Thomas expresa en *The Confederacy as a Revolutionary Experience*, los estados sudistas luchaban por sus derechos estatales, su agrarismo, el esclavismo racial, su aristocracia y ciertos hábitos mentales de su modo de vida (3–22). Evidentemente, el esclavismo racial no puede trasvasarse a la sociedad española, pero sí todas las demás causas, especialmente el agrarismo, tanto para confederados como para carlistas, y que significaba “the antithesis of industrial capitalism whose twentieth-century excesses they abhorred” (Thomas 9).

Los postulados carlistas y su deseo de volver al “Antiguo Régimen” fue lo que empujó básicamente a Larra a oponerse al movimiento, además de la oportunidad de escribir sátira política sin restricciones (Kirkpatrick 40). “Con la libertad aparece a la luz del mediodía lo que constituía partisanismo intermitente y ambiguo” (José Luis Varela 16). Por primera vez como periodista se encontraba al lado del “poder,” sin necesidad de preocuparse por la censura. Por fin, el enemigo era común. Después de todo, el ideario político de Larra excluía al campesinado y las clases proletarias; la nueva sociedad surgiría de una aristocracia de talento como expresó en sus artículos “El hombre globo” o “Anthony”:

Y si la cuna ha bastado a familias enteras de reyes, el talento ha sobrepuesto a la cuna millares de plebeyos. La inteligencia ha sido en todos tiempos reina del mundo y ha vencido las preocupaciones (548).

Además, Larra desconfiaba de las clases populares por no haberse sumado a las tentativas liberales de la Guerra de Independencia y el Trienio liberal (Morange 1983, 208).

Tras el inicio de la primera guerra carlista, Larra escribió cinco artículos, entre el 18 de Octubre y el 1 de Diciembre de 1833, denigrando la causa carlista, utilizando las más variadas formas para abordar el tema. Según Fox: “[t]hey all treat historical events of the war and reveal to us for the first time Larra’s Liberal tendencies” (341). “[S]e lanzó con entusiasmo al ataque de esta facción [carlista], deplorando

sus actitudes tradicionalistas y oscurantistas y su efecto disgregador de España” (Kirkpatrick 40). A lo largo de los cinco artículos periodísticos aparecidos en *La Revista Española* se observan tres preocupaciones temáticas que Mariano José de Larra asocia con el Carlismo: la religión, la educación y los nacionalismos.

En cuanto a la primera, Larra no critica a la iglesia católica contrariamente a las tesis de Kirkpatrick que sostiene que “[e]l anticlericalismo era especialmente fuerte en los primeros artículos de Larra contra los carlistas, sobre todo en ‘Nadie pase sin hablar al portero’, donde describió a los curas carlistas como ignorantes fanáticos” (154). Larra limita su ataque al ignorante clero rural, eminentemente carlista, y a satirizarle, pero limita su crítica a ese grupo determinado, pero no políticamente predominante. Con respecto a la idea de un movimiento carlista apostólico existen ciertas discrepancias. Sin duda, era un movimiento basado en la religión católica que jugó un papel relativamente importante en lo concerniente al clero rural. Sin embargo, no era ni más ni menos católico que la corriente liberal burguesa. El propio Larra lo ilustra en la ordenación del “caballero faccioso” en “Fin de Fiesta” donde este personaje recibe la siguiente orden: “nombrad la religión aunque os las hayáis con enemigos más cristianos que vos, si cabe, que sí cabrá” (1194).¹

Acerca del tema de la educación, Larra satiriza la ignorancia de los partidarios carlistas debido a la extracción social a la que pertenecían. Por otra parte, no hay constancia de decretos sobre educación por parte de los juristas del pretendiente. Oyarzun no se pronuncia “[p]or lo remoto de la época y por no haber encontrado datos completos” (438). No obstante, durante la tercera guerra carlista, “se restableció por Real orden del 12 de febrero de 1874, la Universidad de Oñate” (Oyarzun 436). También Olcina dedica un amplio estudio a la Educación durante la misma época (43–48). Pero, acerca de este punto, no podemos llegar a ningún planteamiento claro por la carencia de datos durante la época en que Larra escribió los artículos; a pesar de que no sería ilógico decir al respecto que Larra hace hincapié en la ignorancia y el analfabetismo de los carlistas por la extracción social del campesinado de la época y por extensión del estereotipo del seguidor de esta causa.

En lo concerniente al problema regional, Larra lo ve como un elemento disgregador de España y lo critica de forma indirecta. Oyarzun cree que el sistema foral no era un movimiento separatista (442) y Pierre Vilar (1975) habla de la carencia de una función unificadora por parte de la monarquía por lo que “[e]l carlismo a la derecha, y el federalismo a la izquierda atestiguan el fenómeno centrífugo en el siglo XIX” (100). De este modo, Larra abrazó la postura oficial y percibió la contienda desde una perspectiva centralista que sólo llevaría a agravar el problema regionalista en el siglo XX.

El primero de de todos estos artículos, “Nadie pase sin hablar al portero, o los viajeros en Vitoria,” apareció –al igual que los otros cuatro restantes– en *La Revista Española* el 18 de Octubre de 1833. El primer levantamiento de orientación carlista se produjo en Talavera el 3 de ese mismo mes. Aunque la guerra en sí todavía

¹ Todas las citas son de esta edición: Mariano José de Larra, *Artículos completos*. Ed. Melchor Almagro de San Martín. Madrid: Aguilar, 1951.

tardaría un poco más en ser evidente, este hecho nos demuestra la rapidez con que Larra se lanzó a la defensa del liberalismo y al acoso del conservadurismo en armas.

Tanto “Nadie pase sin hablar con el portero” como “El Hombre Menguado”, en la opinión de Kirkpatrick:

son esencialmente adaptaciones del formato costumbrista, en cuanto al uso de un episodio de un viaje o de una escena en las calles de Madrid para satirizar las actitudes de los partidarios de Don Carlos” (238).

El simple hecho de tratar la causa carlista en forma de artículo de costumbres, de manera similar a un cuento, pues el narrador explica una situación que conoce pero de la cual está ausente, es una clara descalificación. Toma el acontecimiento como un caso aislado, y aunque grave, resulta folklórico en su abordaje.

El artículo se convierte en una clara alusión contra el clero rural como instigador del oscurantismo y el retroceso deseado por éste de volver al primer año de la cristiandad:

En Vitoria—dijo enfadado el padre... estamos en el año primero de la cristiandad, y cuidado con pasarme de aquí...¿Conque todavía no hemos nacido ninguno de los que aquí estamos? — exclamó para sí el español (Larra 1085).

Así, Larra nos pinta un clero ignorante, lo cual no está lejos de la realidad de 1833: “La iglesia llega al primer tercio del siglo XIX con un bagaje intelectual muy pobre” (Clemente 87).

Otro elemento importante es la autoconsideración de los carlistas como guardianes de las fronteras españolas, como si de una casa de vecinos se tratase, por encontrarse Alava situada entre París y Madrid, “cada alavés de aquellos es un portero y Vitoria es un cucurucho tumbado en medio del camino de Francia; todo el que viene entra; pero hacia la parte de acá está el fondo del cucurucho, y fuerza es romperlo para pasar” (Larra 1081). Los partidarios del padre Vaca se han autoproclamado “porteros”, cumpliendo funciones aduaneras, como el pretendiente Carlos se ha autoproclamado rey, pero esta toma de autoridad ilegal no es más que un motivo para el saqueo y el robo: la partida alavesa roba relojes y cartas, el pretendiente el trono. A su vez, al colocar a un extranjero en víctima del expolio da una mayor idea de la gravedad de la situación. A su vez, Larra en su sátira llega a burlarse directamente del pretendiente de forma sutil al poner en boca del ignorante clérigo la vejante expresión: “Aquí no hay más reina que el señor don Carlos V” (1084), mujerizándole; para aludir a su incontestado absolutismo, pues “felizmente, gobierna la monarquía sin oposición ninguna” (1085).

Larra ataca duramente a los miembros de la partida carlista y se mofa de su ignorancia, de su oposición al estudio y al conocimiento, pues cuando el viajero francés contesta que viene a España a estudiar, los carlistas quieren juzgarle en un tribunal militar, en este caso el de Logroño (1084). Los “porteros” desconocen el francés e interpretan el título de los libros de forma ridícula y vulgar, fruto de su ignorancia. “*Recherches sur...*, Al sur, ¿eh?, este *Recherches* será algún autor de máximas. Vayan los libros a la lumbre” (1084).

De esa manera, Larra evidencia su hostilidad, ve al clero ignorante al frente de la rebelión. Sin embargo, se basa en la realidad al tomar datos conocidos por el público lector y los utiliza a su modo. La idea de la expedición de un pasaporte carlista, “[e]xtendiéndoles en seguida un pasaporte” (1085), es un hecho real, incluso conocido, ya que apareció en la prensa madrileña una copia de un pasaporte exactamente igual al que reproduce Larra (1086) expedido por el padre Vaca, cabecilla carlista en Vitoria y personaje de la sátira de Larra, como señala Inman Fox (147). No obstante, no debemos malinterpretar a Larra y a la Historia. Sólo una parte de la iglesia abrazó la causa carlista. Clemente apunta que “[s]ólo aquella parte del clero que quedaba muy lejos de la política madrileña y vaticana, que vivía y sufría en las mismas condiciones que el campesinado más pobre, se alistó con todas sus consecuencias en las filas de don Carlos” (89), y es muy probable que Larra también lo comprendiera así, sin extender, como no lo hace, su ataque a todos los estamentos de la iglesia española.

Nueve días después, el 27 de noviembre de 1833, apareció “El hombre menguado o el carlista en la proclamación” que utiliza el género del artículo de costumbres para satirizar la causa carlista y la situación política del país; sin embargo en este artículo, a diferencia del anterior, el narrador participa en la acción. Aquí, no sólo arremete contra el Carlismo, sino que su ataque se dirige al ala moderada del liberalismo y contra las masas populares. Como bien indica el título, describe la proclamación de la reina Isabel II como legítima sucesora al trono, el 24 de Octubre de 1833. El artículo apareció tres días después del acontecimiento, sin embargo Larra no da fechas ni comenta el evento, pero el lector ya sabe a lo que se refiere porque “*Figaro* has not only accurately reported the movements of Don Carlos and Merino, but also the actual weather and even the rumors of Madrid” (Fox 347).

“El hombre menguado” se inicia con una referencia a Moratín, “*Horas menguadas debe de haber*, dice Moratín, y *hombres menguados debe de haber*, decía yo para mí, el día de la proclamación” (Larra 1087). Fox expone muy acertadamente que Larra toma la estructura de su artículo del poema de Moratín cambiando la connotación de la palabra “menguado” (347). El narrador es el protagonista y entabla una conversación con ese “hombre menguado,” describe su estado de ánimo refiriéndose a la obra teatral *La pata de cabra* de Juan Grimaldi: “[E]l hombre buscaba tan por menor como don Simplicio Bobadilla busca fantasmas en *La pata de cabra*, por entre las rendijas del antiguo sillón” (Larra 1087). Posteriormente describe físicamente al carlista degradándole: “la cabeza chica y achatada por delante y por detrás, más a guisa de plato que de cabeza; podría caber en ella todo lo más, una idea, y ésa no muy grande” (1087). Se percibe que “[l]a intención política va colorando de irónica malicia las más superficiales pinceladas del retrato” (Cano Ballesta 1982 69).

Al mismo tiempo, hace clara referencia a los miguelistas portugueses, partidarios del pretendiente Miguel I, grupo de características similares a los carlistas, “gran patilla, entre portugués y guerrillero” (Larra 1087). Más adelante, se refiere a Merino y critica el alistamiento “voluntario” en las filas carlistas irónicamente: “[Merino está] [a]listando a la gente buena, señor, que le sigue toda *voluntaria*, *pena de la vida*” (1089). Más tarde, ridiculiza las acciones militares de los

guerrilleros: quinientos atacan el correo por delante y quinientos por detrás para vencer al momento, “[l]e atacaron, por delante, como unos quinientos, no más.../ ¿A él solo?/ Sí, señor, y quinientos por la espalda./ ¿Y lo vencieron?/ Al momento.” De ese modo, ridiculiza el pírrico botín de guerra: “todas las cartas” (1089). Las partidas carlistas, por su conocimiento del terreno, hicieron, especialmente al principio del conflicto, muchas acciones de guerrilla para desaparecer rápidamente sin enfrentarse abiertamente por sus carencias logísticas. Así sus acciones se limitaron a las zonas rurales hasta la dirección de Zumalacárregui y la organización de un ejército convencional (Clemente 101). Debido a esto, Larra expone sarcásticamente: “¿Vendrá a Madrid después de esa victoria?/ – No, señor; no le prueban los pueblos grandes” (1089).

Después de la cómica descripción y el diálogo, nos adentramos en la proclamación, donde el escritor muestra su escaso interés por el acontecimiento y su distanciamiento del gobierno Cea Bermúdez y de las clases populares de Madrid, “entusiasgadas”, pero no “entusiastas.” Pierre Ullman expone lo siguiente al respecto:

It reveals a studied non-chalance about the proclamation ceremonies and a skeptical attitude toward the “entusiasmo popular.”. . . The anti-Carlism, from a structural point of view, may be considered the main theme of the essay. Nevertheless, it is also a device to obviate the censorship of another political message...insinuating that the new queen has the support only of the unreliable and impressionable masses, not of the dedicated liberal intelligentsia (67–8).

Larra se refiere al pueblo como “la turba entusiasmada” que empuja al carlista y le golpea en su afán de coger las monedas que son tiradas a la multitud, lo que coincide sutilmente con la afirmación anterior del “hombre menguado”: “¡gente pagada!” (Larra 1090). No obstante, Larra lo disfraza replicando que “los de Merino no es gente pagada, porque donde hay dinero se cobran ellos” (1091). El carlista, arrastrado por la multitud, no quiere coger las monedas porque éstas llevan la efigie de Isabel II. Sin embargo, la “turba” se pelea por esa cantidad insignificante de dinero y viéndole como un oponente más a hacerse con la limosna le golpean. “Pellizcábale un chico en una pierna por coger un real; dábale un cachete en un ojo el que iba a atrapar al aire una peseta; hundíale el ancho sombrero hasta las cejas un alto hombrón, que alargaba el brazo encima de él” (1091). El retrato de la multitud no resulta nada halagüeño, pues “[n]o hubo caballo que, como por instinto, no lo cocease” (1091). El pueblo no es más que una manada de animales que se venden por las pesetas y reales que la nueva reina les ofrece, la cual está comprando momentáneamente su adhesión.

Así, resulta evidente la desconfianza de Larra hacia las clases populares sea cual sea el bando que tomen. Éstas se entusiasman temporalmente, pero es un entusiasmo vacío, comprado. Larra cree en el liberalismo y quiere llevar a cabo una revolución burguesa, pero en su programa está excluido el pueblo en el cual no tiene ninguna fe y, en cierta medida, desprecia.

El día 10 de Noviembre de 1833, apareció “La planta nueva, o el faccioso (Historia Natural)”. Después de haber adaptado la forma costumbrista a los ensayos anteriores, aquí utiliza una nueva técnica en su ataque: “[Larra] parodia los ensayos

de historia natural introducidos en las revistas españolas por los reformistas utilitarios del siglo XVIII” (Kirkpatrick 238). El elemento más sobresaliente es que si anteriormente percibimos sus conocimientos literarios, con sus referencias a Moratín, Grimaldi y Cervantes, aquí percibimos su dominio del lenguaje castellano. Evidentemente, como señala Kirkpatrick:

Al caracterizar a los carlistas como miembros del reino vegetal, implica, desde el comienzo, que a) no tienen los atributos de la razón y la conciencia humanas, y que b) son un estorbo parecido a la mala hierba que puede ser controlada con métodos racionales (238).

Sin embargo, donde se pone de relieve el genio de Larra y su amplio conocimiento lingüístico, es en el caso de que realmente la *carlina* es una planta, y como argumenta Doris Ruiz Otín (1983), “Una cita de Lloréns nos advierte que existió también en 1824 otra forma para nombrar a los seguidores de don Carlos: ‘la facción “CARLINA”, que es como empezaba a denominarse a los apostólicos”’ (117).² Por su parte, Joan Corominas (1967) define *carlina* de la siguiente manera: “ajonjera, planta medicinal serrana, que tiene una gran flor amarilla y estrellada a ras del suelo. Probablemente de *cardina*, deriv. de cardo” (134). De este modo Larra toma la acepción de la palabra como derivada de cardo, planta silvestre “que se cría sin cultivo” (Larra 1092), o simplemente de la idea de planta serrana excluyendo su sentido medicinal. De las dos posibilidades parece más lógica la primera de las dos opciones, pues cita al cardo al enumerar las soluciones para erradicar al faccioso: “y dondequiera que se vea descollar uno tamaño como un cardillo, arrancarle” (1095).

El artículo se inicia con una enumeración de productos agrícolas de las distintas regiones españolas, “melocotones de Aragón, la fresa de Aranjuez, los pimientos de Valencia”, incluyendo a “los facciosos de Roa y Vizcaya” (1092). Así circunscribe su ataque a las zonas de mayor arraigo carlista, Roa, en la provincia de Burgos, foco principal del cabecilla Merino, y Vizcaya, cuya capital, Bilbao, está en poder de los rebeldes carlistas en ese momento, además de Talavera. “Prosigue con el tema botánico, describiendo las regiones que forman el hábitat natural de los rebeldes” (Kirkpatrick 238). Aquí hace referencia a su implantación rural, “es tanto más robusto y rozagante cuanto más lejos está de población” (Larra 1092); posteriormente, enumera las soluciones para exterminar esa peligrosa planta. “[E]l orden y el esmero perjudican mucho a la cría del faccioso,” pero no excluye la solución violenta, “la limpieza, y el olor de la pólvora sobre todo, le matan” (1092).

Nuevamente hace una clara alusión a las tácticas guerrilleras, “júntanse, como los lobos, en tropas, por instinto de conservación” (1094); la conexión con el clero rural, “gústanle, sobre todo, las tapias de los conventos” (1093) y la relativa novedad del movimiento, sin dejar de hacer hincapié en el hecho de que siempre hubieron sectores reaccionarios en España: “Es planta peculiar de España, y eso moderna, que en lo antiguo o se conocía poco o no se conocía por ese nombre” (1093). Como sostiene Kirkpatrick, Larra.

² Vicente Lloréns, *Liberales y románticos; una emigración española en Inglaterra, 1823–1834*. Madrid: Castalia, 1968, p. 305.

Explota todas las posibilidades...para burlarse nuevamente de las actitudes y comportamiento de los carlistas, utilizando diversas formas de juego lingüístico, símiles ingeniosos y conceptos inesperados (238).

Hacia el final del artículo, vuelve a enumerar las soluciones para acabar con el Carlismo: una de ellas es “promover un verdadero amor al país” (Larra 1095) con lo que percibimos el rechazo de los nacionalismos periféricos por parte de Larra que ve la defensa del foralismo como un enemigo de la unidad centralizada de España, y ya que las masas populares del País Vasco, Cataluña, Aragón y Valencia defienden su derecho a un cierto autogobierno, Larra las descalifica como antipatriotas. Al concluir “La planta nueva”, apunta, principalmente, dos soluciones definitivas, entre las que ha citado anteriormente: el uso de la violencia, “de todos medios contra facciosos, parécenos el mejor el de la pólvora,” a pesar de que considera más eficaz la solución mediante la educación, a la que se refiere mediante el término ilustrado de “luces”: “y más eficaz aún la aplicación de luces que los agostan, y ante las cuales perecen corridos y deslumbrados” (1096).

Desde el inicio de las hostilidades el pretendiente don Carlos se hallaba en Portugal, donde los cristinos intentaron capturarlo o, por lo menos, evitar su entrada en España situando al Ejército de Observación en Extremadura bajo las ordenes del General Rodil, lo que se consiguió hasta Julio de 1834 (Oyarzun 15–6). Larra publicó “La Junta de Castello-Branco” el 19 de Noviembre, donde “Figaro portrays the pretender almost alone and bereft of followers. This may have made efficient propaganda at the time, but it was false” (Ullman 68). Larra ya había hecho algunas referencias fugaces a la presencia del dirigente carlista en Portugal en “El hombre menguado”: “el partido del emperador don Carlos V, que felizmente reina en Marvaón, corte portuguesa de España” (1090). Sin embargo, es en este artículo donde este hecho se convierte en el tema principal.

La situación en “La Junta de Castello-Branco” adquiere claros tintes burlescos puesto que el pretendiente se encuentra solo y necesita un vasallo sobre el que reinar:

Es de advertir que como todos los días no tiene su Majestad imperial proporción de ver un vasallo suyo, porque andan para él los vasallos por las nubes...así pareció justo que un pueblo de reyes solemnizase la entrada de un vasallo (Larra 979).

A esto hay que añadir la incongruencia de situar a un rey en un país extranjero ejerciendo como tal. Larra desvirtúa a los miguelistas portugueses mediante la figura del guerrillero portugués y les convierte en ignorantes e incultos, lo que, por extensión, resulta una alusión a los guerrilleros carlistas por las circunstancias de la época. El regente Miguel, apoyado por clericales y absolutistas había usurpado el trono a su sobrina Maria da Gloria (Ullman 23). La realidad política de Portugal resultaba paralela a la española al ser Isabel II sobrina del pretendiente, con lo que el público de la época podía establecer una fácil conexión entre ambas situaciones.

En “La Junta de Castello-Branco”, la crítica hacia el pretendiente y su corte es feroz ya que les compara con una tribu de indios: “en cierta tierra de indios el congreso supremo de la tribu se reúne para deliberar...No se puede negar que existe

gran semejanza entre la junta de Castello-Branco y el congreso de los cántaros [de la tribu india]” (Larra 980). Al mismo tiempo, uno de los oradores es tartamudo (982). Unas líneas después, satiriza el absolutismo mediante la promulgación de un decreto por parte de los miembros de la Junta en el que es obligatorio “entusiasmarse espontáneamente...; debiendo durar el entusiasmo tres días consecutivos” (984), mientras se anulan todas “las luces introducidas en estos reinos,” se ordena el cierre de las escuelas, se indulta a todos los cristinos para castigarles más tarde y se decreta la estancia del pretendiente en Castello-Branco cuando “[algunos] españoles... se hacen matar por su señor Carlos V” (985). Esta alusión es una de las pocas referencias que hace Larra en favor de los partidarios carlistas, aunque, en este caso, simplemente tiene la función de ridiculizar todavía más al pretendiente, al que pinta “jugando a las bochas o al Gobierno” y disfrutando de los “muy buenos vinos [de Portugal] y otras bagatelas,” mostrando la manipulación de las masas populares por parte de los líderes carlistas, que mediante promesas y la explotación del sentimiento nacionalista las movilizan para sus propios fines e intereses.

El hecho de situar al pretendiente en Castello-Branco resulta eficaz debido a que es una ciudad turística famosa por su clima templado, sus balnearios y sus aguas termales. No obstante, no hay constancia de que se instalara la corte carlista allí. Oyarzun cita Santarem y el propio Larra, Marvaón en “El hombre menguado” (1090) como asentamientos del pretendiente, pero nunca Castello-Branco, con lo cual el público lector conoce la situación y puede percibir la sátira de colocar la Junta en una ciudad turística, con las consabidas implicaciones burlescas.

Hasta aquí, me he referido a los elementos inciertos en este artículo que instrumentaliza Larra con fines satíricos y su utilización propagandística. Sin embargo, el episodio final, en el que los miembros de la Junta son atacados por los partidarios de Isabel II, sí que está fundamentado en la realidad. Oyarzun cita un episodio similar:

se decidió perseguirlo y capturarlo [a Don Carlos], si esto era posible, aun dentro de Portugal. ... Don Carlos estuvo a punto de ser capturado por una patrulla de caballería, y dicese que debió su salvación a la oportuna intervención del General Maroto (15).

“Fin de Fiesta,” publicado el 1 de Diciembre, es el último de los artículos de esta serie. Larra da por terminada la guerra con la toma de Vitoria y Bilbao por el General Sarsfield a finales de Noviembre. Por este motivo, Fox acusa a Larra de “[n]ot foreseeing that Zumalacárregui would instill new life into the Carlist forces at the beginning of 1834, Larra thought that the capture of these cities would bring a quick end to the war” (147). Larra peca, en este caso, de triunfalismo al menospreciar al enemigo. A finales de Noviembre:

el levantamiento había fracasado en casi toda la península. Sólo en el Norte se mantenían núcleos dispersos, pero sin prosperar: Zumalacárregui, en Navarra; Zabala y Villarreal, en Oñate; Verástegui, en Alava; Lardizábal, en Guipúzcoa” (Clemente 100).

A pesar de todo, Fox no deja de tener razón en cuanto a la revitalización que experimentaría la causa carlista con el mando único de Tomás Zumalacárregui en el

frente del Norte: “[el General] Sarasa propone a Zumalacárregui. ... Y [éste] empieza a trabajar. Zumalacárregui va reuniendo a todos los voluntarios y partidas dispersas, los va instruyendo y poco a poco consigue armarlos. Se va vislumbrando un pequeño ejército disciplinado” (Clemente 100).

La estructura de “Fin de Fiesta” consta de cuatro partes: una disquisición introductoria sobre el soñar, la asamblea de los carlistas, el decreto (como en “La Junta de Castello-Branco”), la entrada de Sarsfield en Bilbao y la desbandada de los sublevados (también como en “La Junta”). Al iniciarse el artículo, el lector desconoce el tema que va a ser tratado, al cual no se hace referencia en absoluto, hasta el párrafo que dice: “Retrocedamos o vámonos siquiera más despacio, ya que así lo exigen las circunstancias, y antes de que me sospeche el lector de malicia, confesaré que todo ese preámbulo conduce a contarle un sueño que no ha mucho he tenido” (1191). Así Larra introduce el tema después de haber dirigido al lector hacia otro punto. Rápidamente éste se reubica y conoce la situación tratada en el artículo cuando el narrador, al despertar de su sueño, se encuentra en Bilbao: “en despertándome, averigüé y halléme en Bilbao poco más o menos” (1191).

En la segunda parte, los facciosos se han convertido en *fantasmas*, “veía gran muchedumbre de facciosos *fantasmas*, que tal me parecieron, porque en queriendo llegar a tocarlos, luego se desvanecían” (1191). Por lo tanto, no existen ya en el mundo real, todos han muerto, han desaparecido y se preguntan por qué se hallan en tan mala situación. Ahora, el narrador se encuentra presente en la asamblea, cuando en “La Junta de Castello-Branco” o “Nadie pase sin hablar al portero” se limitaba a narrar hechos lejanos. En este caso, utiliza la misma técnica que en “El hombre menguado,” ya que cuenta su propia experiencia sin recurrir a los personajes, con la diferencia de que en este caso se trata de un sueño.

En la asamblea de “las fantasmas” tiene lugar un acto de ordenación como “en los antiguos tiempos de la caballería” (1191) con lo que satiriza la pretensión de los partidarios carlistas de buscar su base jurídica en leyes medievales. Se refiere indirectamente a la ley foral vasco-navarra, que procede de la Edad Media, ironizando sobre las únicas leyes que pueden ser promulgadas por el Carlismo. Así critica el conservadurismo carlista expresándolo mediante la idea de una vuelta al pasado más remoto de España. El concepto de la Orden de Caballería es completamente tergiversado y la máxima del “caballero faccioso” es “A.S...., que debían de querer decir *a saltar*” (Larra 1195). Al mismo tiempo, se suceden una serie de situaciones ridículas: “Dióle entonces un bofetón, en insignia y representación de los muchos que lleva diariamente su causa,” “Dios haga a vuestra rebeldía muy buen faccioso y le dé ventura y aventuras” (1195).

Larra mediante su burla se opone al Carlismo porque ve en éste el regreso al pasado absolutista y no comprende la reivindicación nacionalista, foral y autonómica, o el descontento y rebelión ante el nuevo orden económico por parte de las clases más desaventajadas, en este caso el campesinado, interpretándolo como parte de ese retroceso. De esta manera no percibe que ese nacionalismo (especialmente catalán y vasco) se iba a convertir en uno de los motores de la revolución industrial burguesa en España según sostienen Jordi Nadal (1984) (244–45) o Pierre Vilar (99–102).

En la tercera parte, mencionada anteriormente como el decreto, no difiere mucho del que aparece en otro artículo de esta serie, “La Junta de Castello-Branco”. Alude a los mismos tópicos con la innovación de que aquí la asamblea decide su propia disgregación. “El Gobierno del señor don Carlos V se desgobierna por sí y ante sí” (Larra 1196), además de la abdicación del monarca en un supuesto “don Carlos VI, y así sucesivamente hasta el fin de la numeración conocida” (1197). Nuevamente, acusa a los carlistas de pillos y ladrones al quedarse con los fondos económicos en el punto número tres del decreto:

Vuestro gobierno [carlista]... se lleva los fondos que tiene a su disposición, con el objeto de pasar a Francia o a cualquiera [sic] otra parte, pues es de todo rigor en esta clase de levantamientos que se salven las cabezas y sólo sean cogidos y fusilados los pobres que se han sacrificado (1197).

Esta acusación la dirige principalmente a los líderes del movimiento, mientras tacha al sector popular, al que ha llamado “pueblo bajo” y “gente menesterosa,” de estúpido, pues éste se alegra y enternece ante una cúpula dirigente que simplemente vive a su costa. Otra vez, se hace referencia a la educación y se prohíbe al pueblo pensar, dejando claro que los únicos que piensan son los liberales, “debiendo dejar en libertad de *pensar y de obrar* para los enemigos del señor ex Carlos V, quien tampoco *piensa ni obra*” (1197). El Carlismo se desintegra “antes del año 1”, refiriéndose al pasaporte expedido por Vaca y mencionado en “Nadie pase sin hablar al portero.”

La última parte es la más breve como si rápidamente los acontecimientos se precipitaran hacia su final. Resulta interesante que la naturaleza tenga un papel importante en la acción, debido a que la niebla favorece la desaparición de los fantasmas, al mismo tiempo que “oíanse truenos a lo lejos” (1198). Es posible que de esta manera Larra ilustre el abandono de Bilbao por parte de las tropas carlistas en un claro error militar que muy bien podría conectarse por parte del público lector con los acontecimientos reales. “On November 25 the *Junta of Vizcaya* decided to concentrate their forces on the outskirts of Bilbao, leaving the city itself-an important Carlist stronghold-undefended so that Sarsfield captured it with little opposition” (Fox 342).

A modo de conclusión y tras el análisis de los cinco artículos que dedicó Larra al Carlismo durante los primeros días de la primera guerra carlista, podemos dar la tesis antipopulista por válida, aunque no podemos culpar a Larra de compartir las ideas de la clase burguesa de su tiempo a la que pertenecía. Es cierto que existieron intelectuales que abrazaron la posición más radical como José de Espronceda y sus postulados demócratas (Kirkpatrick 140–1), pero Larra no se contó entre ellos. Por lo tanto, su antipopulismo resulta claro, pero su oposición al Carlismo es la única posición que un liberal, perteneciera a la facción que perteneciera, podía tomar. El Carlismo significaba la reacción, ya que se oponía a los avances del mundo moderno. Era un rechazo al sistema económico capitalista como su contemporáneo movimiento confederado en los Estados Unidos y los miguelistas portugueses. Sin embargo, no hay duda sobre el populismo y la popularidad del movimiento, aunque posiblemente esto se debiera a causas económicas. Beltza (1978) sostiene una interesante teoría al respecto:

La reforma que se les imponía [al campesinado] ... no significaba para ellos una real emancipación, sino la emigración, la proletarianización; es decir, el paso a nuevas situaciones de dependencia desconocidas, aculturalizadoras e incluso más duras. ... [E]s un papanatismo real considerar que la “revolución burguesa” es progresista en nuestro país porque supone un paso adelante en el desarrollo de las fuerzas productivas: la real violencia sobre las masas y el carácter injusto y represivo de la sociedad salida de ella hace que la simpatía natural de quien se siente parte del pueblo, de los humildes, vaya hacia los carlistas (52–3).

No obstante, las revueltas campesinas y el aparato político carlista estaban condenados al fracaso. Larra iba a oponerse duramente a cualquier retroceso absolutista y defender el liberalismo a cualquier precio, y la sátira política era un vehículo perfecto para exponer sus ideas. Al mismo tiempo, la guerra era su oportunidad para esquivar la censura momentáneamente, se encontraba al lado del poder y debía sacar provecho de esa situación. Después de todo, su postura no iba a cambiar posteriormente. La primera guerra carlista sería una constante en su obra, debido a que, como periodista, continuó comentando los acontecimientos diarios y por ese motivo trató el tema repetidas veces. Comentó la situación de la guerra en “Carta de ‘Figaro’ a un bachiller, su corresponsal,” “Figaro, de vuelta” y “Día de difuntos de 1836,” entre otros. La única diferencia con los cinco artículos aquí tratados consiste en que, si en “El hombre menguado” su crítica al Carlismo era también un ataque velado al gobierno Cea Bermúdez, los siguientes artículos se iban a convertir en ataques directos a los gobiernos liberales por no saber solucionar el problema y terminar la guerra de una manera definitiva.

Desgraciadamente para Larra, la guerra le sobrevivió por tres años, y todavía, posteriormente, iban a producirse dos nuevos conflictos armados en 1846–49 y 1872–76. Sin embargo, en sus cinco artículos sobre el Carlismo como tema principal, se percibe la maestría de Larra en su amplio conocimiento de la lengua y la literatura castellana, y la sociedad de su tiempo, a la vez que su agudo ingenio satírico, elementos que iban a ser puestos de relieve a lo largo de toda su obra.

Obras citadas

- Armiño, M. (1973). *Qué ha dicho verdaderamente Larra*. Madrid: Doncel.
- Beltza. (1978). *Del Carlismo al nacionalismo burgués*. San Sebastian: Txertoa.
- Cano Ballesta, J. P. (1982). *Artículos sociales, políticos y de crítica literaria* (pp. 1–108). Madrid: Alambra, por Mariano José de Larra.
- Clemente, J. C. (1985). *Las Guerras Carlistas*. Madrid: Sarpe.
- Corominas, J. (1967). *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*. Madrid: Gredos.
- Fox, E. I. (1960). Historical and Literary Allusions in Larra's 'El Hombre Menguado'. *Hispanic Review*, 28, 341–349.
- Ginger, A. (1999). Political Revolution and Literary Experiment in *the Spanish Romantic Period (1830–1850)*. Lampeter: The Edwin Mellen Press.
- Kirkpatrick, S. (1977). *Larra: El laberinto inextricable de un romántico liberal*. Madrid: Gredos, Trad. Marta Eguía.
- Larra, Mariano José de (“Figaro”). (1951). *Artículos completos*. Ed. Melchor Almagro de San Martín. Madrid: Aguilar.

- Morange, C. (1983). Visión de la estructura social en los Artículos de Larra. In Albert Derózier y Alberto Gil Novales (Eds), *Revisión de Larra (¿Protesta o Revolución?)* (pp. 185–216). Paris: Annales Littéraires de l'Université de Besançon.
- Nadal, J. (1984). *El fracaso de la revolución industrial en España, 1814–1913*. Barcelona: Ariel.
- Olcina, E. (1974). *El Carlismo y las autonomías regionales*. Madrid: Seminarios y Ediciones.
- Oyarzun, R. (1965). *Historia del Carlismo*. Madrid: Pueyo.
- Ruiz Otín, D. (1983). *Política y sociedad en el vocabulario de Larra*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.
- Thomas, E. M. (1991). *The confederacy as a revolutionary experience*. Columbia: University of South Carolina Press.
- Ullman, P. (1971). *Mariano de Larra and the Spanish Political Rethoric*. Madison: The University of Wisconsin Press.
- Varela, J. (1999). *Los intelectuales y el problema español*. Madrid: Taurus.
- Varela, J. L. (1986). Larra, entre pueblo y corona. In Georges Güntert y José Luis Varela (Eds.), *Entre pueblo y corona* (pp. 15–34). Madrid: Editorial de la Universidad Complutense.
- Vilar, P. (1975). *Historia de España*. Paris: Librairie Espagnole Trad. Manuel Tuñón de Lara.